

CONVENIO y Conversación

UN ESTUDIO EN LA PARASHÁ CON RABINO SACKS



ת"ר

www.rabbisacks.org

[f/rabbisacks](https://www.facebook.com/rabbisacks)

[@rabbisacks](https://twitter.com/rabbisacks)

[@rabbisacks](https://www.instagram.com/rabbisacks)

Convenio y Conversación 5777 es amablemente apoyado por la Fundación Maurice Wohl en memoria de Maurice y Vivienne Wohl ז"ל

Traductor: Carlos Betesh

Editor: Ben-Tzion Spitz

El Autor de nuestras vidas

Miketz – 31 de diciembre, 2016 / 2 Tevet 5777

Fue el primer intento de Yosef de tomar su destino en sus propias manos, y falló. O así parecía.

Tomemos la historia relatada hasta ahora, descrita en la parashá de la semana pasada. Casi todo lo que le pasa a Yosef en su vida puede definirse en dos categorías: la primera, es lo que le hacen a él. Su padre lo ama más que a sus hermanos y le regala un hermoso saco bordado. Sus hermanos le tienen envidia, lo odian. Su padre lo manda a ver cómo se comportan sus hermanos, que en un lugar alejado están pastando el ganado. No los encuentra, y debe pedir ayuda a un lugareño para que le indique el lugar en donde están. Los hermanos planean matarlo y lo venden como esclavo. Es llevado a Egipto y adquirido por Potifar. La mujer de Potifar lo encuentra atractivo, trata de seducirlo, y al no tener éxito, lo acusa falsamente de violarla, por lo cual es enviado a la prisión.

Esto es extraordinario. Yosef es el centro de atención en todo momento, como si estuviera en una obra de teatro, y sin embargo, una y otra vez, termina siendo el objeto de las acciones de otros, más que acciones del propio sujeto.

La segunda categoría es más llamativa aún: Yosef hace cosas. Se ocupa del funcionamiento de la casa de Potifar. Organiza la prisión. Interpreta los sueños del panadero y del escanciador. Pero, en una secuencia de descripciones única, la Torá atribuye explícitamente sus acciones y sus éxitos a Dios.

Aquí está Yosef en la casa de Potifar:

Dios estaba con Yosef, e hizo que fuera muy exitoso. En poco tiempo estaba trabajando en la casa de su amo, que se apercibió de que Dios estaba con Yosef y que Dios hacía que todo lo que emprendía fuera exitoso. (39: 2-3)

Apenas su amo lo puso a cargo de toda la casa y de sus posesiones, Dios bendijo al egipcio por causa de Yosef. Dios lo bendijo en todo, en la casa y en el campo. (39: 5).

Aquí está Yosef en la prisión:

Dios estaba con Yosef y le mostró bondad, haciéndolo encontrar favor con el encargado de la prisión. Al poco tiempo éste puso a todos los demás prisioneros a cargo de Yosef. Yosef se ocupó de todo lo que había que hacer allí, y el encargado ya no tuvo que ocuparse de nada de lo que estaba a cargo de Yosef. Dios estaba con Yosef, y Dios le otorgó el éxito en todo lo que emprendía.

Y aquí está Yosef interpretando sueños:

“La interpretación es un tema de Dios”, contestó Yosef, “si quieren, cuéntenme sus sueños.” (40: 8)

Ningún otro personaje del Tanaj lo expresa en forma tan clara, consistente y repetitiva. Yosef parece decidido, organizado y exitoso, y así aparecía ante los demás. Pero, dice la Torá, no era él sino Dios el responsable de sus acciones y de sus éxitos. Hasta cuando resiste los avances de la esposa de Potifar, aclara explícitamente que es Dios el que hace que lo que ella desea sea moralmente imposible: “Cómo puedo hacer tamaña maldad? Sería un pecado ante Dios!” (39: 9).

El único acto claramente atribuible a él ocurre al comienzo mismo de la historia, cuando lleva un “informe negativo” sobre sus hermanos, los hijos de Bilhá y Zilpá las sirvientas (39: 2). Aparte de ese caso, cada paso de su destino permanentemente cambiante, es el resultado de la acción de otros, ya sea de otra persona o de Dios (en cuanto a los sueños de Yosef, fueron insinuación Divina o producto de su imaginación? - esa es otra historia para desarrollar en otro momento).

Es por eso que nos pone en alerta y tomamos nota cuando, al final de la parashá anterior, Yosef decide tomar su destino en sus propias manos. Habiéndole advertido al jefe de los escanciadores que en tres días sería perdonado por el Faraón y reubicado en su antigua posición, y sin que tuviera duda alguna de que esto ocurriría, le pidió que interceda ante el Faraón para que lo libere: “Cuando las cosas salgan bien para ti, recuerda que yo estuve contigo. Hazme el favor y di algo sobre mí al Faraón. Quizás puedas sacarme de este lugar”(40: 14)

Y qué pasó? “El jefe de los escanciadores no recordó a Yosef. Se olvidó de él” (40:23). La repetición del verbo es muy fuerte. No recordó. Se olvidó. La vez que Yosef quiere ser autor de su propia historia, falla. La falla es decisiva.

La tradición agrega un toque final al drama: termina la parashá Vayeshev con esas palabras, dejándonos en el momento en que sus esperanzas se frustran. Se elevará a la grandeza? Serán realidad sus sueños? La pregunta de qué es lo que pasará es intensa, y debemos esperar una semana para saberlo.

El tiempo transcurre y con la máxima improbabilidad (El Faraón también sueña y ninguno de sus sabios ni magos los pueden interpretar - en sí bastante raro ya que la interpretación de los sueños era una especialidad de los egipcios) nos enteramos de la respuesta. “Dos años enteros han pasado.” Esa, la frase con la que comienza la parashá, es la clave. Lo que Yosef deseaba que ocurriera, ocurrió. Dejó la prisión. Fue liberado. Pero no antes de que pasaran dos años enteros. Entre el intento y el resultado, algo intervino. Esa es la significancia del pasaje del tiempo. Yosef planeó su liberación, y fue liberado, pero no porque él lo hubiera planeado. Su intento culminó en fracaso. El escanciador se olvidó de él. Dios, no Yosef, produjo la secuencia de los eventos - específicamente los sueños del Faraón - que condujeron a su liberación.

Lo que deseamos que ocurra, ocurre, pero no siempre cuando lo esperamos, o en la forma que esperamos, o simplemente porque deseamos que ocurra. Dios es el co-autor del guión de nuestra vida, y algunas veces - como en este caso - nos lo recuerda, haciéndonos esperar y tomándonos por sorpresa.

Esa es la paradoja de la condición humana como la entiende el judaísmo. Por un lado somos libres. Ninguna otra religión ha insistido tan enfáticamente sobre la libertad humana y la responsabilidad. Adán y Eva tenían la libertad de no pecar. Caín era libre de no matar a Abel. Buscamos excusas por nuestras falencias - no fue culpa mía; la culpa es de otro; no lo pude evitar. Pero estas son solo eso: excusas. No es así. Somos libres y tenemos nuestra responsabilidad.

Pero, como dijo Hamlet: “Hay una divinidad que modela nuestros fines/ tallémoslo como queramos.” Dios está íntimamente involucrado en nuestra vida. Mirando hacia atrás, en la mediana edad o en la vejez, frecuentemente podemos apenas discernir en la nebulosa del pasado que una historia se fue modelando, un destino lentamente emerge, guiado en parte por hechos fuera de nuestro control. No podríamos haber previsto ese accidente, esa enfermedad, ese fracaso, ese encuentro aparentemente fortuito que hace años nos hubiera conducido en esa dirección. Sin embargo retrospectivamente, parecería como si fueran piezas de ajedrez movidas por una mano invisible que sabía exactamente donde quería que estuviéramos.

Era esta visión, según Flavio Josefo, que distinguió a los fariseos (los arquitectos de lo que ahora llamamos el judaísmo rabínico) de los saduceos y de los esenios. Los primeros negaban el destino, decían que Dios no interviene en nuestras vidas. Los esenios atribuían todo al destino, creían que todo lo que hacemos ha sido predestinado por Dios.

Los fariseos creían en ambas cosas, destino y libre albedrío. “Fue por el bondadoso placer de Dios que hubiera una fusión (entre la divina providencia y la elección humana) y que la voluntad del hombre con su virtud y su vicio, debería ser admitido en la cámara-consejo del destino” (Antigüedades, xviii, 1, 3).

En ningún lugar aparece con más nitidez que en el relato de la vida de Yosef en Bereshit, y en ningún lugar más claramente que en la secuencia de eventos del final de la parashá anterior y principios de ésta. Sin las acciones de Yosef - su interpretación del sueño del escanciador y su ruego por ser liberado - no habría dejado la prisión. Pero sin la intervención Divina en los sueños del Faraón, tampoco hubiera ocurrido.

Este es el juego paradójico entre el destino y el libre albedrío. Como dijo Rabí Akiva; “está todo previsto, pero la libertad de elección está dada.” (Avot 3: 15). Isaac Balshevis Singer lo planteó con humor: “Debemos creer en el libre albedrío, no tenemos otra opción.” Nosotros y Dios somos co-autores de la historia humana. Sin nuestro esfuerzo nada se obtiene. Pero sin la ayuda de Dios tampoco se lograría nada. El judaísmo encontró una forma simple de resolver la paradoja. Por lo que hacemos mal, asumimos la responsabilidad. Por lo bueno, agradecemos a Dios. Yosef es nuestro mentor. Cuando está obligado a actuar duramente, llora. Pero cuando le cuenta a sus hermanos sus éxitos, se los atribuye a Dios. Es así como también nosotros debemos vivir.



Para obtener más material del Rabino Sacks, o para unirse a su lista de correo, por favor visite www.rabbisacks.org

La oficina del Rabino Sacks, PO Box 72007, London, NW6 6RW
+44 (0)20 7286 6391 • info@rabbisacks.org • www.rabbisacks.org

© Rabbi Sacks • Todos los derechos reservados
La oficina del Rabino Sacks es apoyado por The Covenant & Conversation Trust